

en una de esas pasiones que no nacen más que al salir de la adolescencia. David no tardó en entrever á la hermosa Eva, y se enamoró de ella como lo hacen los espíritus melancólicos y meditabundos. ¡El *Et nunc et semper et in secula seculorum* de la liturgia es la divisa de estos sublimes poetas desconocidos, cuyas obras consisten en magníficas epopeyas engendradas y perdidas entre dos corazones! Cuando el amante hubo descubierto el secreto de las esperanzas que la madre y la hermana de Luciano cifraban en su hermosa frente de poeta, y cuando conoció su ciega abnegación, sintió un verdadero placer en unirse á su amada para participar de sus sacrificios y de sus esperanzas. Luciano fué, pues, para David un hermano escogido, y como los ultras que querían ser más realistas que el rey, David excedió á la madre y á la hermana en la fe que tenían en el genio de Luciano, y mimó á éste como mima una madre á su hijo. Durante una de esas conversaciones en que, movidos por la falta de dinero, que les ataba las manos, calculaban, como todos los jóvenes, los medios de realizar rápidamente una fortuna, Luciano se acordó de dos ideas emitidas por su padre. El señor Char-dón había hablado una vez de reducir á la mitad el coste del azúcar con el empleo de un nuevo agente químico, y disminuir en otro tanto el precio del papel, trayendo de América ciertas materias vegetales análogas á las que emplean los chinos y que cuestan muy poco. David, que conocía la importancia de esta cuestión, tratada ya en casa de los Didot, se apoderó de esta idea, viendo en ella un medio de hacer fortuna, y consideró á Luciano como un bienhechor cuyos favores no podría pagar nunca.

Todo el mundo comprenderá lo impropios que eran para dirigir una imprenta los pensamientos dominantes y la vida privada de los dos amigos. Lejos de dar de quince á veinte mil francos, como la de los hermanos Cointet, impresores libreros del obispado, propietarios del *Diario de la Charante*, único periódico del departamento, la imprenta de Sechard hijo apenas producía trescientos francos mensuales, con los cuales había que pagar el sueldo del regente de imprenta, el salario de Marión, los impuestos y el alquiler; quedando así reducidos los recursos de David á un centenar de francos al mes. Hombres activos é industrioses hubieran renovado los caracteres, habrían comprado prensas de hierro y se hubiesen procurado obras en la librería parisiense para

imprimirlas á bajo precio; pero el amo y el regente de imprenta, sumidos en los absorbentes trabajos intelectuales, se contentaban con el trabajo que les procuraban sus últimos parroquianos. Los hermanos Cointet acabaron por conocer el carácter y las costumbres de David, y cesaron de calumniarle, comenzando á poner en práctica una sabia política que les aconsejaba que dejasen malvivir á aquella imprenta, y que la mantuviesen en aquel estado de medianía, á fin de que no fuese á caer en manos de algún temible antagonista. Hasta tal punto llevaban su afán de mantenerla, que á veces le cedían algunos trabajos de la villa; y de esta suerte, sin saberlo, David Sechard sólo existía, comercialmente hablando, gracias al hábil cálculo de sus contrincantes. Satisfechos de lo que ellos llamaban su manía, los Cointet empleaban con David una conducta digna y leal en apariencia; pero en realidad, obraban como las empresas de coches cuando simulaban una competencia para evitar una verdadera.

El exterior de la casa Sechard estaba en armonía con la crasa avaricia que reinaba en el interior, donde el antiguo oso no había hecho nunca ninguna reparación. La lluvia, el sol y la intemperie de todas las estaciones le habían dado el aspecto de un tronco de árbol viejo; tan surcado estaba por desiguales hendiduras. La fachada, construída con piedras y ladrillos mezclados y sin simetría, parecía encorvarse bajo el peso de un tejado carcomido recargado con esa clase de tejas que forman todos los tejados de las casas del mediodía de Francia. Las puertas y ventanas, carcomidas también, eran enormes y estaban deterioradas hasta tal punto, que hubiera sido difícil encontrar en todo Angulema una casa tan carcomida como esta, que sólo se sostenía gracias á la solidez de sus cimientos. Imaginaos aquel taller claro en los extremos, obscuro en medio, sus paredes cubiertas de anuncios; ennegrecidas en su parte baja por el contacto de los obreros, que se habían rozado con ellas durante treinta años, su hilera de cuerdas en el techo, sus montones de papel, sus prensas antiguas, sus pedruscos para sujetar los papeles, sus filas de cajas y al extremo las dos jaulas ocupadas por el amo y el regente, y comprenderéis la vida de los dos amigos.

Durante los primeros días del mes de Mayo del año 1821, estaban David y Luciano cerca de la puerta vidriera

del patio, en el momento en que sus cuatro ó cinco obreros abandonaban el taller para irse á comer, á eso de las dos de la tarde. Cuando el amo vió que el aprendiz cerraba la puerta que daba á la calle, condujo á Luciano al patio, como si el olor de los papeles, de las prensas y de la madera vieja le fuese insoportable, y ambos se sentaron en una glorieta desde la cual se podía ver á cualquiera que entrase en el taller. Los rayos del sol que tocaban en los pámpanos de la parra acariciaron á los dos poetas, envolviéndoles en su luz como en una aureola. El contraste producido por la oposición de aquellos caracteres y de aquellas dos figuras fué entonces tan palpable, que hubiera seducido á un gran pintor. David poseía las formas con que dota la naturaleza á los seres destinados á grandes luchas públicas ó secretas. Su saliente pecho estaba en armonía con sus anchas espaldas y con la plenitud de todas sus formas. Su cara morena, colorada y gorda descansaba sobre un robusto cuello, estaba rodeada de abundante melena negra y tenía cierta semejanza, al primer golpe de vista, con la de los canónigos descritos por Boileau; pero un segundo examen os revelaba en los surcos de sus espesos labios, en el hoyuelo de la barba, en el contorno de una nariz cuadrada, y, sobre todo, en los ojos, el fuego continuo de un amor único, la sagacidad del pensador y la ardiente melancolía de un espíritu que podía abrazar los dos extremos del horizonte penetrando todas sus sinuosidades y que se hastiaba fácilmente de los goces ideales aplicándoles las frías luces del análisis; pero si se adivinaban en aquella cara los relámpagos del genio, se veían también las cenizas al lado del volcán, y la esperanza se extinguía con la profunda comprensión de la insignificancia social en que el nacimiento obscuro y la falta de fortuna mantienen á tantas almas superiores. Al lado del pobre impresor, cuyo oficio le daba náuseas, no obstante su contacto con las inteligencias; al lado de aquel Sileno torpemente apoyado en sí mismo y que bebía á grandes tragos en la copa de la ciencia y de la poesía, embriagándose á fin de olvidar las desgracias de la vida de provincias, se mantenía Luciano en la graciosa postura que atribuyen los pintores al Baco indio. Su cara tenía la distinción de las líneas de la belleza antigua: frente y nariz griegas, blancura aterciopelada de mujer, ojos tan azules, que casi eran negros, ojos llenos de amor, cuyo blanco competía en frescura con el de

un niño. Aquellos hermosos ojos estaban defendidos por cejas que parecían dibujadas y por grandes pestañas de color castaño. A lo largo de la cara brillaba un sedoso vello cuyo color estaba en armonía con el de su rubia y rizada cabellera. Sus sienes, de un blanco dorado, estaban dotadas de suavidad divina, y su barba, corta y un tanto levantada, denotaba incomparable nobleza. La sonrisa de los ángeles tristes erraba en sus labios de coral realzados por hermosos dientes, y tenía las manos del hombre bien nacido, manos elegantes de esas que las mujeres gustan besar y á cuya indicación debían obedecer los hombres. Luciano era delgado y de mediana estatura, y al ver sus pies, un hombre se hubiera inclinado tanto mejor á tomarle por una joven disfrazada, cuanto que, á semejanza de la mayor parte de los hombres listos, por no decir astutos, tenía las caderas conformadas como las de una mujer. Este indicio, que engaña rara vez, era verdadero en Luciano, cuyo espíritu travieso se inclinaba, al analizar el estado actual de nuestra sociedad, al terreno de la depravación propia de los diplomáticos, que creen que el éxito es la justificación de todos los medios, por vergonzosos que sean. Una de las desgracias á que están sometidas todas las grandes inteligencias, estriba en el tener que comprender á la fuerza todas las cosas, lo mismo los vicios que las virtudes. Estos dos jóvenes juzgaban á la sociedad tanto más soberanamente, cuanto que se encontraban colocados en las esferas más bajas, y los hombres ignorados se vengan de la humildad de su posición con la elevación de su mirada; pero hay que decir también que su desesperación era tanto más amarga, cuanto que marchaban así más rápidamente hacia el lugar á donde les llevaba su verdadero destino. Luciano había leído y comparado mucho, y David había pensado mucho y meditado más. No obstante las apariencias de una salud vigorosa y rústica, el impresor era un genio melancólico y enfermizo, y dudaba de sí mismo; mientras que Luciano, dotado de un espíritu emprendedor y activo, tenía una audacia que estaba en desacuerdo con su aspecto delicado y casi débil, pero lleno de gracias femeninas. Luciano poseía en su más alto grado el carácter gascón: atrevido, valiente y aventurero, que se exagera el bien y aminora el mal; que no recula ante una falta si puede sacar provecho de ella y que se burla del vicio si puede servirle de peldaño para medrar. Estas disposi-

ciones de ambicioso estaban entonces comprimidas en él por las hermosas ilusiones de la juventud y por el ardor que le inclinaba hacia los medios nobles que emplean, ante todo, los hombres enamorados de la gloria. En aquel momento, sólo luchaba con sus deseos y no con las dificultades de la vida, con su propio poder y no con las cobardías de los hombres, que suelen ser de fatal ejemplo para los espíritus activos. Vivamente seducido por la brillantez del talento de Luciano, David le admiraba, al mismo tiempo que rectificaba los errores en que le tenía sumido la furia francesa. Este hombre justo tenía un carácter tímido que no armonizaba con su fuerte constitución; pero no carecía de la fuerza de voluntad de los hombres del Norte. Si entreveía todas las dificultades, en cambio se prometía vencerlas sin titubear, y si poseía la firmeza de una virtud verdaderamente apostólica, la atemperaba con las gracias de una indulgencia inagotable. En esta antigua amistad había, pues, uno de ellos que amaba con idolatría, y este era David; así es que Luciano mandaba como mujer que sabe que es querida, y David obedecía gustoso. La belleza física de su amigo implicaba para David una superioridad que éste aceptaba considerándose tosco y ordinario.

—Al buey, la agricultura paciente, y al pájaro la vida ociosa—se decía el impresor.—Yo seré el buey y Luciano será el águila.

Hacia, pues, unos tres años que los dos amigos habían confundido sus destinos tan brillantes en el porvenir, y leyendo las grandes obras que aparecieron después de la paz en el horizonte literario científico, y las obras de Schiller, de Goethe, de lord Byron, de Walter Scott, de Juan Paul, de Berzelius, de Davy, de Cuvier, de Lamartine, etc., se calentaban al amor de estos grandes hogares, proyectaban obras comenzadas abandonadas y perseguidas con ardor, y trabajaban continuamente sin cansar nunca á las inagotables energías de la juventud. Igualmente pobres, pero devorados por el amor al arte y á la ciencia, ambos olvidaban la miseria presente ocupándose en construir los cimientos de su fama.

—Luciano, ¿sabes lo que acabo de recibir de París?—dijo el impresor sacando de un bolsillo un tomito en 18.º—Escucha.

David leyó como saben leer los poetas el idilio de Andrés Chenier titulado *Nereida*; después el del *Joven enfermo*; luego

la elegía del suicidio, y, finalmente, los dos últimos yambos.

—¡Este es Andrés Chenier!—exclamó Luciano varias veces.—Es verdaderamente desesperante—repetía por tercera vez cuando David, demasiado emocionado para continuar, le dejó apoderarse del tomo.—Un poeta encontrado por un poeta—dijo al ver la firma del prefacio.

—Después de haber producido este tomo—repuso David, —Chenier creía no haber hecho nada que fuese digno de ser publicado.

Luciano leyó á su vez el épico trozo del *Ciego* y varias elegías, y cuando llegó al fragmento que dice:

Si ellos no tienen honra, ¿quién la tiene?

besó el libro y los dos amigos lloraron, pues ambos amaban con idolatría. Los pámpanos estaban verdes, y los viejos muros de la casa, hendidos, alabeados y desigualmente surcados por innobles grietas, habían sido cubiertos, como por manos de una hada, de estrías, de almohadillas, de bajo relieves y de innumerables obras maestras de no sé qué arquitectura. La fantasía había sacudido sus flores y sus rubies sobre el pequeño y obscuro patio, y la Camila de Andrés Chenier se había convertido para David en su Eva adorada y para Luciano en una gran dama á quien cortejaba. La poesía había sacudido el paño majestuoso de su toga estrellada sobre el taller donde gesticulaban los *monos* y los *osos* de la tipografía. Daban ya las cinco, y los dos amigos no tenían hambre ni sed, la vida les parecía un sueño de oro, tenían á sus pies todos los tesoros de la tierra y veían ese rincón azulado del horizonte indicado por el dedo de la esperanza á aquellos cuya vida es borrascosa y á aquellos otros á quienes su voz de sirena dice: «¡Andad, volad, que vosotros os libraréis de la desgracia frecuentando á vuestro antojo ese espacio de oro, de plata y de azul!» En este momento, un aprendiz llamado Cenizet, un pilluelo de París que David había traído á Angulema, abrió la puerta vidriera que comunicaba el taller con el patio, é indicó á un desconocido el lugar en que se hallaban los dos amigos. El desconocido se encaminó hacia ellos, y después de saludarles, le dijo á David, al mismo tiempo que sacaba del bolsillo un enorme cuaderno:

—Señor, traigo aquí una memoria que desearía imprimir. ¿Querría usted decirme lo que me costará?

—Caballero, nosotros no imprimimos manuscritos tan considerables—respondió David sin mirar el cuaderno.—Vaya usted á ver á los hermanos Cointet.

—Sin embargo, creo que tenemos un carácter de letra que podría convenirle—repuso Luciano tomando el manuscrito;—pero sería preciso que tuviese usted la amabilidad de volver mañana y de dejarnos la obra, para poder así calcular los gastos de impresión.

—¿No es con don Luciano Chardón con quien tengo el honor de hablar?

—Sí, caballero—respondió el regente de imprenta.

—Pues me considero muy feliz de haber tenido esta ocasión de trabar conocimiento con un joven poeta cuyo porvenir es, en verdad, halagüeño. Me ha enviado la señora de Bargetón.

Al oír este nombre, Luciano se ruborizó y balbuceó algunas palabras para expresar lo mucho que agradecía el interés que inspiraba á la señora de Bargetón. David notó el rubor y el embarazo de su amigo, y le dejó conversando con el hidalgo campesino, autor de una memoria acerca de la cultura de los gusanos de seda y hombre que deseaba imprimir su obra por vanidad y á fin de causar envidia á sus colegas de la sociedad de agricultura.

—Vamos á ver, Luciano—dijo David cuando el hidalgo se fué,—¿amas acaso á la señora de Bargetón?

—Locamente.

—Pero ¡si estáis más separados uno de otro por las ocupaciones sociales que si vivieseis uno en Pekín y otro en la Groenlandia!

—La voluntad de dos amantes triunfa de todo—dijo Luciano bajando los ojos.

—Vaya, veo que nos olvidarás—respondió el tímido amante de la hermosa Eva.

—¿Me dices eso, cuando tal vez he sacrificado á mi amada por ti?—exclamó Luciano.

—¿Qué quieres decir?

—No obstante mi amor, á pesar de los diversos intereses que me inclinan á frecuentar su casa, le he dicho que no volvería nunca más á ella si un hombre cuyos talentos eran superiores á los míos y cuyo porvenir debe ser glorioso, si David Sechard, mi hermano y mi amigo, no era también recibido. Al llegar á casa debo encontrar una respuesta;

pero aunque todos los aristócratas están invitados esta noche para oír leer versos, si la respuesta es negativa, nunca más volveré á poner los pies en casa de la señora de Bargetón.

David estrechó calurosamente las manos á Luciano después de enjugarse los ojos. Las seis sonaron en aquel momento.

—Eva debe estar inquieta. Adiós—dijo bruscamente Luciano.

Y echó á correr, dejando á David sumido en una de esas emociones que sólo se sienten durante la juventud, sobre todo en la situación en que se encontraban aquellos dos jóvenes cisnes, á los que la vida provinciana no había cortado aún las alas.

—¿Qué corazón de oro!—exclamó David siguiendo con la mirada á Luciano mientras éste atravesaba el taller.

Luciano se fué al Houmeau, tomando el hermoso paseo de Beaulieu, la calle de Minaje y la puerta de San Pedro, y si tomaba este camino, que era el más largo, ya comprenderéis que era porque la casa de la señora de Bargetón estaba situada en él, y sentía tan gran placer pasando por debajo de las ventanas de esta mujer, que hacía ya dos meses que no iba ni venía de Houmeau por la puerta Palet.

Al llegar debajo de los árboles del paseo Beaulieu, contempló la distancia que separaba á Angulema de Houmeau. Las costumbres del país habían levantado entre ellos barreras morales mucho más difíciles de franquear que las cuerdas por donde bajaba Luciano. El joven ambicioso que acababa de introducirse en el palacio Bargetón sirviéndose de la gloria como de un puente volante entre la villa y el arrabal, sentía cierta inquietud por conocer la decisión de su amada, muy semejante á la que experimenta un favorito que teme una desgracia después de haber intentado extender su poder. Estas palabras deben parecer oscuras á aquellos que no han observado aún las costumbres propias de las ciudades divididas en villa alta y villa baja; por lo que es tanto más necesario dar aquí algunas explicaciones cerca de Angulema, cuanto que ellas nos darán á conocer á la señora de Bargetón, que es uno de los personajes más importantes de esta historia.

Angulema es una antigua villa construída en la cima de una roca que domina las praderas regadas por el Charente.

Esta roca se comunica por el Perigord con una larga colina que termina bruscamente en la carretera de París á Burdeos, formando una especie de promontorio dibujado por tres pintorescos valles. La importancia que tenía esta villa en la época de las guerras religiosas, está palpablemente demostrada con sus murallas, con sus puertas y con los restos de una fortaleza sentada en el pitón de la roca. La situación de ésta constituía antaño un punto estratégico igualmente precioso para los católicos que para los calvinistas; pero lo que antes constituía su fuerza, constituye hoy su debilidad, pues sus murallas y la pendiente demasiado rápida de la roca impiden á esta villa extenderse á ambos lados del Charente y la condenan á la más funesta inmovilidad. Por la época en que ocurrió esta historia, el gobierno proyectaba ensanchar la villa hacia el Perigord, construyendo á lo largo de la colina el palacio de la prefectura, una escuela de marina, establecimientos militares y algunas carreteras; pero el comercio había tomado la delantera en otra parte, pues hacía ya tiempo que la aldea de Houmeau se había ensanchado hacia el pie de la roca y hacia las orillas del río, costeadando el cual pasa la carretera de París á Burdeos. Nadie ignora la celebridad de las fábricas de papel de Angulema, las cuales se habían establecido forzosamente, hacía ya tres siglos, aprovechando las aguas del Charente y sus afluentes, donde encontraron magníficas caídas de agua. El Estado había fundado en Ruelle su más considerable fundición de cañones para la marina. El acarreo, la posta, las posadas, el transporte, las empresas de coches públicos y todas las industrias que viven de las carreteras y ríos, se agruparon en la parte baja de Angulema para evitar las dificultades que ofrece la entrada en esta villa. Como es natural, las cervecerías, las tiendas de lavado y planchado y todas las industrias acuáticas, se establecieron en los alrededores del Charente, así como las fábricas de aguardiente y los almacenes de todas las primeras materias transportadas por el río. El arrabal de Houmeau se convirtió, pues, en una villa industriosa y rica, en un segundo Angulema, que causó envidia á la villa alta, donde permanecieron el gobierno, el obispado, la justicia y la aristocracia. De esta suerte, el Houmeau, no obstante su activo acrecentamiento, sólo fué un barrio de Angulema. Arriba, la nobleza y el poder; abajo, el comercio y el dinero: dos zonas sociales constantemente enemigas en todos los

lugares. De aquí que resultara en verdad sumamente difícil adivinar quién de las dos villas odiaba más á su rival. Hacía nueve años que la Restauración había agravado este estado de cosas, estado un tanto apacible cuando el Imperio. La mayor parte de las casas del alto Angulema están habitadas ó por familias nobles ó por antiguas familias de burgueses que viven de sus rentas, y unas y otras forman una especie de nación autóctona, en la que nunca son recibidos los extraños. Después de doscientos años de residencia y de alguna alianza con cualquiera de las familias principales, apenas si se ve adoptada una persona de otra provincia, la cual siempre les parece llegada ayer al país á los indígenas. Los prefectos, los administradores generales y los distintos funcionarios que se han sucedido hace cuarenta años, han intentado civilizar á aquellas encopetadas familias, las cuales han aceptado sus fiestas y sus comidas; pero á admitirles en su casa se han negado constantemente. Burlonas, orgullosos, celosas y avaras, estas casas se casan entre sí, forman apretado haz para no dejar entrar ni salir á nadie; ignoran las creaciones del lujo moderno, y para ellas, enviar un hijo á París es desear perderle. Esta prudencia da una idea del modo de ser y de las costumbres atrasadas de estas familias devoradas por un realismo brutal, consumidas por la devoción más bien que religiosas, é inmóviles todas como su villa y su roca. Sin embargo, Angulema goza de una gran reputación entre las provincias adyacentes, por la educación que allí se recibe: las villas vecinas envían sus hijos á sus colegios y conventos, y con esto creemos que es fácil concebir lo mucho que influye el espíritu de casta en los sentimientos que dividen á Angulema y á Houmeau. El comercio es rico, y la nobleza es generalmente pobre, y la una se venga de la otra con un desprecio igual por ambas partes. La burguesía de Angulema se adhiere á esta querrela, y el comerciante de la villa alta dice del negociante del arrabal con un acento indefinible:

— ¡Es un hombre del Houmeau!

Determinando la posición de la nobleza de Francia y dándole esperanzas que no podían realizarse sin un trastorno general, la Restauración aumentó la distancia moral que separaba, mucho más que la local, á Angulema del Houmeau. La sociedad noble, unida entonces al gobierno, se hizo allí más exclusivista que en ninguna otra parte de Francia. El habitante del Houmeau se parecía bastante á un paria.

De aquí venían esos odios sordos y profundos que dieron una espantosa unanimidad á la insurrección de 1830, y que destruyeron los elementos de un estado social perdurable en Francia. La altivez de la nobleza de la corte hizo perder el afecto al trono á la nobleza de provincias, del mismo modo que ésta se enemistaba con la burguesía hiriendo todas sus vanidades. Un hombre de Houmeau, hijo de un farmacéutico, introducido en el salón de la señora de Bargetón, suponía, pues, una pequeña revolución. ¿Quiénes eran los autores de ella? Lamartine y Víctor Hugo, Casimiro Delavigne y Jouy, Beranger y Chateaubriand, Villemain y M. Aignan, Soumet y Tissot, Etienne y Davringy, Benjamín Constant y Lamennais, Cousin y Michaud, en una palabra, todas las eminencias literarias jóvenes y viejas, liberales y realistas. La señora de Bargetón era amante de las artes y las letras, gusto extravagante, manía grandemente deplorada en Angulema y que es necesario justificar aquí bosquejando la vida de esta mujer mantenida en la obscuridad por fatales circunstancias, nacida para ser célebre y cuya conducta influyó en el destino de Luciano.

El señor de Bargetón era biznieto de un jurado de Burdeos, llamado Mirault, ennoblecido por Luis XIII con motivo de un largo ejercicio de su cargo. Bajo el reinado de Luis XIV, su hijo, que había pasado á ser el señor Mirault de Bargetón, fué oficial de la guardia real y contrajo tan ventajoso matrimonio, que, bajo el reinado de Luis XV, su hijo fué llamado á su vez pura y sencillamente el señor de Bargetón. Este señor de Bargetón, nieto del señor Mirault, el jurado, se propuso con tal firmeza obrar cual perfecto hidalgo, que se comió todos los bienes de la familia é hizo cesar, por lo tanto, su fortuna. Dos de estos hermanos, tíos segundos del Bargetón actual, se hicieron negociantes; de suerte que se encuentran algunos Mirault en el comercio de Burdeos. Como la tierra de Bargetón, situada en Angoumois, en la dependencia del feudo de La Rochefoucault, estaba substituída, así como una casa de Angulema llamada el palacio de Bargetón, el nieto del señor de Bargetón, el gastador, heredó estos dos bienes. En 1789 perdió sus derechos útiles y sólo le quedó la renta de la tierra, que daba unos seis mil francos anuales. Si su abuelo hubiera seguido los gloriosos ejemplos de Bargetón I y Bargetón II, Bargetón V, que puede titularse el Mudo, hubiera sido marqués

de Bargetón, se habría aliado con alguna gran familia y se hubiera visto duque y par como tantos otros; mientras que en 1805 tuvo que darse por satisfecho casándose con la señorita D.^a María Luisa Anais de Negrepelisse, hija de un hidalgo relegado hacia ya tiempo á su hidalguía, sin embargo de pertenecer á la rama menor de una de las familias más antiguas del Mediodía de Francia. Entre los rehenes de san Luis hubo un Negrepelisse; pero el jefe de la rama mayor lleva el ilustre nombre de Espard, adquirido durante el reinado de Enrique IV mediante su casamiento con la heredera de esta familia. Este hidalgo, hijo menor de un hijo menor, vivía en las propiedades de su mujer, pequeña tierra situada cerca la Barbezieux, tierra que él explotaba á las mil maravillas yendo á vender el trigo al mercado, fabricando él mismo el vino y burlándose del qué dirán, con tal que pudiese amontonar escudos y que éstos le permitiesen de cuando en cuando aumentar sus dominios. Circunstancias bastante raras en el interior de las provincias habían inspirado á la señora Bargetón la afición á la música y á la literatura. Durante la revolución, un cura llamado Niollant, que era el mejor discípulo del abate Roze, se ocultó en el pequeño castillo de Escarbas, llevando á él su bagaje de compositor, y pagó generosamente la hospitalidad del anciano hidalgo educando á su hija Anais, llamada Nais por abreviatura, la cual, á no haber sido por esta circunstancia, acaso hubiese sido abandonada á sí misma, ó, lo que es peor aún, á alguna camarera. El cura, no sólo era músico, sino que poseía profundos conocimientos en literatura y sabía, además, el italiano y el alemán. Enseñó, pues, estas dos lenguas y el contrapunto á la señorita Negrepelisse, le dió á conocer las grandes obras literarias de Italia, de Francia y de Alemania, y la música de todos los maestros, y, finalmente, para combatir la ociosidad de la profunda soledad á que le condenaban los acontecimientos políticos, le enseñó el griego y el latín y le comunicó algunos conocimientos de las ciencias naturales. La presencia de una madre no modificó en lo más mínimo esta varonil educación dada á una joven inclinada ya á la vida campestre. El abate Niollant, alma entusiasta y poética, sobresalía, sobre todo, por su espíritu artístico lleno de hermosas cualidades y que se elevaba por encima de las ideas burguesas con la libertad de sus juicios y la extensión de sus observa-

ciones. Si esta clase de espíritus se hacen perdonar sus temeridades por su imperdonable profundidad, pueden parecer dañosos en la vida privada por los extravíos que inspiran. El abate no carecía de corazón, y sus ideas fueron, por consiguiente, contagiosas para una joven cuya natural excitación había sido corroborada por la soledad del campo. El abate Niollant comunicó su audacia y su facilidad de juicio á su discípula, sin pensar que estas cualidades, que son tan necesarias á un hombre, se convierten en defectos en una mujer destinada á las humildes ocupaciones de la madre de familia. Aunque el cura recomendaba continuamente á su discípula que, cuanto más supiese, más procurase mostrarse amable y modesta ante el mundo, la señorita María de Negrepelisse se formó una excelente idea de sí propia y sintió un profundo desprecio por la humanidad. Al no ver en torno suyo más que inferiores y gentes obligadas á obedecerle, adquirió la altanería de las grandes damas, sin tener los cariñosos halagos de su cortesía. Halagada en todas sus vanidades por un pobre cura que se admiraba en ella como un autor en su obra, Nais tuvo la desgracia de no encontrar ningún punto de comparación que la ayudase á juzgarse. La falta de compañía es uno de los mayores inconvenientes de la vida del campo, donde al no poder hacer por el prójimo los pequeños sacrificios exigidos por el trato y el vestir, se pierde la costumbre de molestarse por nadie; y entonces todo se vicia en nosotros: lo mismo el cuerpo que el alma. Al no ser reprimido por el trato social, el atrevimiento de ideas de la señorita Negrepelisse se comunicó á sus modales y á su mirada y ostentó un cierto aire caballeresco que parece original al principio, pero que sólo sienta bien á las mujeres de vida aventurera. Así, pues, esta educación, cuyas asperezas se hubieran pulido en las elevadas regiones sociales, debía hacerla parecer ridícula en Angulema cuando sus aduladores cesasen de divinizar errores que sólo resultan graciosos durante la juventud. Respecto al señor de Negrepelisse, hubiera dado todos los libros de su hija por salvar un buey enfermo, y era tan avaro, que no hubiera concedido á aquélla diez céntimos más de la renta á que tenía derecho, aunque se hubiera tratado de comprarle la bagatela más necesaria para su educación. El cura murió en 1802, antes del casamiento de su querida niña, casamiento que tal vez él no hubiera

aprobado. El anciano hidalgo se encontró sumamente embarazado con su hija cuando murió el cura, y, por otra parte, se sintió demasiado débil para sostener la lucha que iba á estallar entre su avaricia y el espíritu independiente de su desocupada hija. Como todas las jóvenes sacadas de la senda por donde deben caminar las mujeres, Nais había juzgado el matrimonio, le preocupaba muy poco, sentía repugnancia ante la idea de someter su inteligencia y su persona á los hombres sin valor y sin grandeza personal que ella había podido encontrar, y quería mandar, debiendo en realidad obedecer. Entre obedecer á caprichos groseros ó á espíritus poco indulgentes y huir con un amante que le agradase, Nais no hubiera titubeado. El señor de Negrepelisse era aún bastante noble para temer una mala alianza, y obrando como muchos padres, resolvió casar á su hija, más bien que por ella, por su propia tranquilidad. Al efecto, necesitaba un noble ó un hidalgo poco listo, incapaz de oponerse á la cuenta de tutela que quería rendir á su hija, bastante nulo de inteligencia y de voluntad para que Nais pudiese obrar á su capricho, y bastante desinteresado para casarse con ella sin dote. Pero ¿cómo encontrar un yerno que convenga igualmente al padre y á la hija? Un hombre semejante era el fénix de los yernos. Llevado de ese doble interés, el señor de Negrepelisse estudió á los hombres de la provincia y juzgó que el señor de Bargetón era el único que respondía á su programa. El señor de Bargetón, cuadragerario muy gastado á causa de las disipaciones amorosas de su juventud, era reputado de tener muy pocos alcances. Pero le quedaba precisamente el sentido suficiente para administrar su fortuna, y el trato social necesario para vivir en el mundo de Angulema sin cometer torpezas ni tonterías. El señor de Negrepelisse explicó claro y terminante á su hija el valor negativo del marido que le proponía, le hizo ver el partido que podía sacar de él para su propia dicha, y le advirtió que adquiriría armas que contaban más de doscientos años de antigüedad, pues los Bargetón *acuartelan oro con tres sacrificios de ciervo en gules, dos y uno cruzados con tres luchas de buey en sable, uno y dos y dividido en fajas de azul y de plata de seis piezas, el azul cargado con seis cazoletas de oro, tres, dos y uno*. Con este enlace ella se procuraría la dicha, y su talento y su belleza le crearían muchas relaciones en París. Nais quedó seducida ante la perspectiva de seme-

jante libertad. El señor de Bargetón creyó hacer un brillante matrimonio, calculando que su suegro no tardaría en dejarle la tierra que cuidaba con tanto amor; pero, á decir verdad, en este momento el señor de Negrepelisse parecía que estaba escribiendo el epitafio de su yerno.

La señora de Bargetón tenía á la sazón treinta y seis años, y su marido contaba cincuenta y ocho, y esta desproporción chocaba tanto más, cuanto que el señor de Bargetón parecía tener setenta, mientras que su mujer podía impunemente decirse joven, vestir trajes color de rosa y peinarse con trenzas como una niña. Aunque su fortuna no pasaba de doce mil francos de renta, estaba clasificada entre las seis fortunas más considerables de la antigua villa, excepción hecha de los negociantes. La necesidad de cultivar á su padre, cuya herencia esperaba la señora de Bargetón para ir á París, herencia que se hizo esperar tanto, que el yerno murió antes que el suegro, obligó á los señores de Bargetón á vivir en Angulema, donde las brillantes cualidades de espíritu y las riquezas brutas ocultas en el corazón de Nais debían perderse sin fruto y cambiarse con el tiempo en ridiculeces. En efecto, nuestras ridiculeces son causadas en gran parte por un hermoso sentimiento ó por virtudes y facultades exageradas. El orgullo que no se modifica con el trato del gran mundo, se convierte en rígida altivez al ser aplicado á insignificancias. La exaltación, esa virtud de la virtud que engendra á los santos y que inspira sacrificios ocultos y brillantes poesías, se convierte en exageración al ocuparse de las insignificancias de la provincia. Lejos del centro donde brillan los grandes talentos, donde el aire está cargado de pensamientos y donde todo se renueva, la instrucción envejece y el gusto se desnaturaliza cual agua estancada. La falta de ejercicio empequeñece las pasiones, siendo esta la razón de la avaricia y de la chismografía que infestan la vida de provincias. La imitación de las ideas raquílicas y de los modales mezquinos no tarda en apoderarse de la persona más distinguida, y así parecen allí hombres que han nacido grandes y mujeres que, realzadas con las enseñanzas del mundo y formadas por espíritus eminentes, hubieran sido encantadoras. La señora de Bargetón tomaba la lira con motivo de cualquier bagatela, sin distinguir las poesías personales de las poesías públicas y sin saber que hay sensaciones que no son comprendidas y que deben ser reservadas. Ciertamente que

una puesta de sol es un gran poema; pero ¿no resulta ridícula una mujer describiéndola á grandes rasgos delante de gentes materiales? Estas escenas encierran voluptuosidades que sólo pueden ser saboreadas por dos seres, de poeta á poeta, de corazón á corazón. Además, ella tenía el defecto de emplear frases enfáticas y prodigar extraordinariamente los superlativos, que recargaban su conversación haciendo tomar proporciones gigantescas á las cosas más insignificantes. En aquella época, Nais empezaba á *individualizar*, á *sintetizar*, á *dramatizar*, á *superiorizar*, á *analizar*, á *poetizar*, á *prosaizar*, á *neologizar* y á *tragicar* todo; pues es preciso violar por un momento la lengua para describir el modo de ser de algunas mujeres. Por otra parte, su espíritu se inflamaba como su lenguaje, el ditirambo estaba en su corazón y en sus labios, y Nais palpitaba, se pasmaba y se entusiasmaba por cualquier acontecimiento: lo mismo por el sacrificio de una hermana de caridad y por la ejecución de los hermanos Faucher, que por el *Ipsiboe* del señor Arlincourt y por la *Anaconda* de Lewis; lo mismo por la evasión de la Valette, que por una de sus amigas que había hecho huir á unos ladrones fingiendo voz de hombre. Para ella todo era sublime, extraño, divino, maravilloso; se animaba, se irritaba y se abatía por sí sola; se extasiaba, miraba al cielo ó á la tierra y sus ojos se llenaban de lágrimas. Gastaba su vida en perpetuas admiraciones y se consumía en extraños desdenes; concebía al pachá de Janina, hubiera querido luchar con él en su serrallo, encontraba algo de grande en ser cosida en un saco y arrojada al agua, envidiaba á lady Stanhope y le daban ganas de hacerse hermana de Santa Camila é ir á morir de la fiebre amarilla á Barcelona cuidando enfermos. ¡Este sí que era un destino noble y grande! Finalmente, tenía sed de todo lo que no era el agua clara de su vida, oculta entre las hierbas; adoraba á lord Byron, á Juan Jacobo Rousseau y á todas las existencias poéticas y dramáticas; tenía lágrimas para todas las desgracias y alabanzas para todas las victorias; simpatizaba con Napoleón vencido y con Mahomet Alí sacrificando á los tiranos de Egipto, y, finalmente, revestía á las gentes de genio de una aureola y creía que vivían de perfumes y de luz. A muchas personas les parecía una loca cuya locura no era peligrosa; pero un observador perspicaz hubiera visto indudablemente en ésta los despojos de un magnífico amor muerto al nacer, los restos de una Jeru-

salén celestial, en una palabra, el amor sin amante. Y esto era verdad. La historia de los diez y ocho primeros años del matrimonio de la señora de Bargetón puede escribirse en pocas palabras: vivió durante algún tiempo de su propia substancia y de esperanzas lejanas, y después de haberse convencido de que la vida de París le estaba vedada á causa de su escasa fortuna, se puso á examinar á las personas que la rodeaban y tembló al sentir su soledad. No había en torno de ella ningún hombre que pudiera inspirarle una de esas locuras á que se entregan las mujeres impulsadas por la desesperación que les causa una vida sin emociones, sin acontecimientos y sin interés, y no podía contar con nada, ni aun con la casualidad, pues hay vidas que hasta de esto están privadas. En la época en que brillaba el Imperio en toda su gloria, cuando el paso de Napoleón á España, ocupada por la flor de sus tropas, las esperanzas de esta mujer, engañadas hasta entonces, renacieron. La curiosidad la llevó naturalmente á contemplar á aquellos héroes que conquistaban la Europa á una palabra puesta á la orden del día, y que renovaban las fabulosas hazañas de la caballería. Las villas más avaras y más refractarias estaban obligadas á festejar á la guardia imperial, á cuyo encuentro salían los alcaldes y los prefectos para saludarla cual si fuera el rey. La señora de Bargetón asistió á un simulacro ofrecido por un regimiento á la villa, y se enamoró de un hidalgo, sencillo subteniente á quien el astuto Napoleón había dejado entrever el bastón de mariscal de Francia. Esta pasión contenida, noble, grande, y que contrastaba con las pasiones de entonces, que tan fácilmente se ataban y se desataban, fué consagrada castamente por la mano de la muerte. En Wagram, una bala de cañón aplastó contra el corazón del marqués de Cante-Croix el único retrato que atestiguaba la belleza de la señora de Bargetón. Esta lloró mucho tiempo á aquel hermoso joven que había llegado á coronel en dos campañas, animado por la gloria y por el amor, y que guardaba con más cuidado una carta de Nais que las mayores distinciones imperiales. El dolor cubrió con un velo de tristeza la cara de esta mujer, y esta nube no se dispó hasta la terrible edad en que la mujer comienza á echar de menos sus hermosos años pasados sin que ella haya gozado de ellos, en que ve que su belleza se marchita y en que los deseos del amor renacen movidos por su afán de prolongar las últimas sonrisas de la

juventud. En el momento en que el frío de la provincia se apoderó de ella, la superioridad de su alma contribuyó á mortificarla, y al igual que el armiño, ella habría muerto de pena si, por casualidad, se hubiera manchado con el contacto de hombres que sólo pensaban en jugar unas cuantas monedas por la noche, después de estar bien cenados. Su orgullo la preservó de los tristes amores de la provincia, y entre los hombres nulos que la rodeaban y la nada, una mujer tan eminente como ella tuvo que preferir la nada. El matrimonio y el mundo fueron, pues, para ella un monasterio, y Nais vivió para la poesía como la carmelita vive para la religión. Las obras de los ilustres extranjeros desconocidos hasta entonces y que fueron publicadas el año 1815 á 1821, los grandes tratados de los eminentes pensadores Bonald y Maistre, y finalmente las obras menos grandiosas de la literatura francesa, que empezó á echar su primeras ramas, embellecieron su soledad, pero no suavizaron su alma ni su persona, permaneciendo ella rígida y fuerte como el árbol que ha sido herido por el rayo sin ser abatido. Como todas las que se dejan adorar por cualquier cortesano, ella seguía reinando con sus defectos. Tal era el pasado de la señora de Bargetón, historia fría, pero cuyo conocimiento era necesario para que pudiesen comprenderse sus relaciones con Luciano, el cual fué introducido en su casa de una manera bastante singular. Durante aquel último invierno, había llegado á la villa una persona que había animado la vida monótona que hacía la señora de Bargetón. Habiendo quedado vacante la plaza de director de contribuciones indirectas, el señor de Barante había enviado á ocuparla á un hombre cuya aventurera vida excitaba suficientemente la curiosidad femenina para que ésta le valiese la entrada en casa de la reina del país.

El señor del Chatelet, que se llamaba pura y sencillamente Sixto Chatelet, pero que había tenido la ocurrencia de calificarse desde el año 1806, era uno de esos jóvenes agradables que habían logrado librarse de todas las quintas de Napoleón permaneciendo siempre al lado del solío imperial. Había empezado su carrera desempeñando el cargo de secretario de órdenes de una princesa imperial, para el cual poseía el señor del Chatelet todas las incapacidades que exige este cargo. Bien hecho, guapo, bailarín, buen jugador de billar, diestro en todos los ejercicios, mediano actor aficionado, cantante

35002

UNIVERSITÉ DE MONTEBELLÉ
BIBLIOTHÈQUE UNIVERSITAIRE
"ALFONSO DE VES"
1885 MONTEBELLÉ, MÉX